



RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes



Universidad
Nacional
de Quilmes

Di Stefano, Roberto

Respuesta



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Di Stefano, R. (2012). *Respuesta*. *Prismas*, 16(16), 217-219. Bernal, Argentina : Universidad Nacional de Quilmes. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/2111>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

como José María, me resulta difícil imaginarlo en el grupo de las ovejas negras.

Hay algunas cuestiones sobre las que sería interesante que el autor se explayara. En primer lugar, colocar dentro de parámetros comparativos la experiencia anticlerical argentina, relacionarla con otras, por ejemplo la española, que sé que ha estudiado en detalle, o alguna otra hispanoamericana.

En segundo lugar, las consideraciones sobre la sacrofobia y sus lejanos orígenes en, por ejemplo, las blasfemias coloniales. ¿Hasta qué punto los orígenes de algo –creo que Marc Bloch hablaba del ídolo de los orígenes– explican ese algo?

Finalmente, la más importante: el concepto de “ovejas negras”, que da título al libro. Me pregunto si no implica un punto de vista demasiado definido, un cierto sesgo, una igualación de cosas diferentes. Porque una oveja negra lo es desde el punto de vista del pastor que mira su rebaño. Es una mirada desde la

perspectiva de la Iglesia católica, en el sentido en que hoy se le da a la Iglesia. Desde otros puntos de vista, las cosas, las personas y las ovejas pueden agruparse de manera diferente, y también ser denominadas de distintas maneras.

Quiero terminar con un balance. Di Stefano ofrece a los historiadores un material de importancia excepcional para empezar a organizar un tema aún virgen. Sin duda este libro estimulará a otros investigadores para seguir por ese camino. Afortunadamente para ellos, se encontrarán con un terreno allanado: está la trama de la tela y partes de una urdimbre que hay que completar. Yo les sugeriría que, conocida la línea general, su esfuerzo se concentre en reconstruir los nudos. Pienso en algunos de los debates habidos a lo largo de esta historia, en los que seguramente se podrá escuchar un arco diverso de voces, probablemente mucho más amplio, matizado y sanamente confuso que lo que la fórmula “ovejas negras” podría hacer suponer. □

Respuesta

Roberto Di Stefano

Universidad de Buenos Aires / CONICET

Ignacio Martínez y Diego Mauro creyeron interesante convocar a cuatro prestigiosos historiadores para que emitiesen su opinión sobre *Ovejas negras*. Les estoy muy agradecido, tanto a los organizadores como a los invitados, no sólo por la bondad con que han leído mi libro, sino también porque de las cuatro intervenciones han surgido interrogantes más que legítimos, que me dan la oportunidad de explicar algunas de las decisiones que le dieron forma.

Un interrogante remite al título, para muchos desconcertante y para no pocos irritante. Romero tiene razón cuando afirma que refleja la mirada eclesial y que existen otras; lo mismo Caimari, cuando observa que el estigma de “oveja negra” pierde sentido en la medida en que la sociedad se pluraliza. Elegí esa metáfora ovina y pastoral con plena conciencia de que reflejaba el punto de vista de la Iglesia, que cuenta en el número de las ovejas de su rebaño a todos los bautizados, por más que hayan desertado de él.

Tal era el caso de la abrumadora mayoría de los anticlericales argentinos cuya historia intenté narrar: bautizados que habían renegado de la fe o que de alguna manera se enfrentaban a sus pastores, ovejas descarriadas, ovejas negras. Debo decir respecto a este punto que, si es cierto que el título refleja la óptica de la Iglesia, también lo es que el contenido del libro no lo reproduce, como bien sabe quienquiera que lo haya leído.

¿Por qué escribir una historia de los anticlericales argentinos cuando los estudios sobre el tema están mucho menos desarrollados en nuestro país que en otros, incluso en algunos en los que, como bien señala De la Cueva, no se ha escrito una obra tan general? Decidí escribir un relato de largo plazo porque creo que es ineludible contar con uno cuando se han de abordar fenómenos como los religiosos, en los que las permanencias son tan importantes. Sin duda fue una decisión audaz, pero creo que la audacia bien entendida es una virtud. Había investigado diez años sobre los anticlericales en la primera mitad del siglo XIX y decidí dar el salto de escribir una historia de los anticlericales argentinos que corre desde la Colonia hasta mediados del siglo XX. Di el salto porque creo que un libro puede –si no es que siempre debe–

servir para abrir el juego, y contener tanto resultados que son fruto de investigaciones de años como hipótesis a corroborar o descartar. Cuando con Loris Zanatta escribimos la *Historia de la Iglesia* también nos internamos en terrenos en los que fue necesario hacer uso de la intuición, facultad a la que el historiador debe a veces apelar. A fines de los noventa había muchas lagunas en los estudios de historia del catolicismo que volvían imposible escribir una obra “de síntesis” a partir de la bibliografía disponible, como nos propuso José Carlos Chiaramonte, director de la colección. Si nos hubiésemos limitado a condensar en un nuevo relato lo que había, el libro habría tenido un cariz mucho más institucional, más centrado en las relaciones Iglesia-Estado. Recuerdo el comentario de Loris cuando terminamos de releerlo: “qui c’è roba nuova”. Si había cosas nuevas fue porque en relación con varios temas decidimos correr el riesgo de equivocarnos. En este sentido, puedo decir que *Ovejas negras* fue escrito con un espíritu propositivo. Así lo aconsejaban no sólo el pobre estado de los estudios sobre el tema en nuestro país, sino también las dificultades que presenta el anticlericalismo como objeto de estudio. La metáfora fluvial de Romero es ilustrativa: mil corrientes, arroyuelos y cauces confluyen en ese gran río. Hay que agregar que no siempre esas diferentes aguas terminan de fundirse, y que a veces ni siquiera conviven en armonía. El carácter propositivo del libro se manifestaba en el subtítulo que envié a la editorial y que fue rechazado por razones comerciales: “una historia de los anticlericales argentinos”. Con él quería afirmar, desde el vamos, que puede haber –y espero que haya– otras.

El libro discute tanto con las narrativas católicas como con las “laicas” que han abordado –casi siempre tangencialmente– la cuestión del anticlericalismo. Las primeras recurren a la artillería argumentativa de que las provee el “mito de la nación católica” y parten de un supuesto no siempre explícito: el pueblo argentino es idiosincráticamente católico y el anticlericalismo es un producto foráneo y, por lo tanto, ilegítimo. Las narrativas “laicas”, por su parte, pivotean sobre la idea –tampoco siempre explícita– de un eterno conflicto entre la laicidad y el catolicismo, el Estado y la Iglesia, la libertad y el oscurantismo, el progreso y la reacción. He intentado mostrar que el anticlericalismo está

presente en América, con diversas modalidades y connotaciones, desde la época colonial, y que su origen no ha de rastrearse en una supuesta ruptura con la religión, sino en el mismo ADN de la tradición judeocristiana, portadora de un fuerte componente contestatario del poder espiritual, como muestran algunas de las muchas “herejías” que surgieron de su seno. *Ovejas negras* no se propone explicar el anticlericalismo por sus orígenes, como interpreta Romero, sino señalar la existencia de antiguas vetas de protesta, por momentos subterráneas, que se han manifestado cuando las condiciones religiosas, políticas y culturales lo consintieron. Por ese motivo, su estudio no puede limitarse al análisis de sus connotaciones políticas: como observa agudamente Manuel Delgado Ruiz, el anticlerical medio suele ocupar más energías y tiempo en la religión que el católico medio. El humus del que nace como protesta es el de la religión, por lo que puede resultar incomprensible e irracional si se intenta descifrarlo por medio de un código distinto.

Toda obra humana tiene límites. El peso de mi trabajo de archivo en distintos aspectos de la historia religiosa del siglo XIX se advierte claramente en el libro. Resulta evidente –como observan Romero y Caimari– que el grado de elaboración de los capítulos que analizan los períodos tempranos es superior al de los dedicados a los más recientes. Agrego una autocrítica: hay un desequilibrio entre la documentación porteña y la que refiere al interior. En parte, ello se debe a que el peso del anticlericalismo es mayor en la cosmopolita Buenos Aires –algo que numerosos testimonios constatan–, pero también a los muchos años de trabajo de archivo sobre el ámbito bonaerense. Otros límites son inherentes al tipo de relato que elegí, a la decisión de escribir no sólo para los académicos, sino para un público más amplio. Nos la pasamos lamentándonos de que nuestros trabajos no alcancen amplia difusión y de que ese espacio sea ocupado por relatos que juzgamos –con mucha razón– poco serios, apologeticos o militantes. Pues bien, escribir para esos otros implica, por ejemplo, reducir al mínimo la explicitación de la teoría que sustenta el trabajo. El ensayo bibliográfico final, que no es una reseña de la literatura disponible, sino una serie de sugerencias de lectura para quien quiera profundizar en tales o cuales aspectos, remite en parte a obras escritas para su lectura en el ámbito

académico que dan cuenta de los debates teóricos en que el libro se inscribe.

Si los últimos capítulos están más centrados en las relaciones entre Iglesia y Estado, se debe en buena medida al lugar prioritario que ocupó la causa de la laicidad en los discursos anticlericales a partir de 1870. Pero es cierto que la mayor atención que ese cambio obliga a dispensar a lo político no justifica que se le preste en menor grado a otros, como por ejemplo, a las representaciones del clero de cariz anticlerical en la narrativa de ficción –por señalar una línea de trabajo que está presente en el análisis del siglo XIX y luego se pierde en el XX–. Hay allí otro desequilibrio que los estudios futuros están invitados a corregir. Donde no lo hay es en el espacio dedicado a ambas centurias, que algunos colegas estudiosos de la historia religiosa de los períodos más recientes me han recriminado amistosamente. Si realizan un simple recuento del número de páginas dedicadas a los dos siglos advertirán que esa impresión es ilusoria, derivada en parte del hecho de que el relato se interrumpe con el conflicto “laica o libre” de 1958. Pueden tener razón, sin embargo, en que hay una cierta descompensación en el grado de profundidad del análisis, que se justifica no sólo por el carácter fundacional que el siglo XIX reviste para la historia del anticlericalismo, sino además por mi mayor familiaridad con su historia.

Me queda por decir algo sobre el enfoque comparativo que con muy buenas razones reclaman varias de las intervenciones. El comentario de De la Cueva, muy sabiamente, nos señala el camino al ofrecer algunas pistas para la comparación con el caso español. El reto de comparar anticlericalismos nacionales constituye un desafío enorme a la vez que indispensable. Tal como ocurre con la voluntad de difundir los frutos de nuestras investigaciones entre el “gran público”, los historiadores nos la pasamos proclamando la necesidad de ensayar enfoques comparativos. Pero en ambos casos es mucho más difícil hacerlo que decirlo. En el caso del anticlericalismo, ese enfoque es particularmente

importante a causa de las dimensiones internacionales que adquiere el fenómeno en el siglo XIX. A partir de mediados de esa centuria, ciertos círculos anticlericales de muy diferentes países se vinculan entre sí a través de redes informales y de instituciones como la Federación Internacional del Librepensamiento con sede en Bruselas. Múltiples razones explican esa suerte de “globalización” de la protesta anticlerical, entre ellas, el impacto internacional de la unificación italiana y de la consecuente “cuestión romana”, así como la proliferación de logias masónicas vinculadas a diferentes obediencias y ritos en ambas márgenes del Atlántico. Ese fenómeno, sin embargo, pareciera que tiende más bien a desdibujar las especificidades nacionales o regionales. De allí que, si el estudio comparativo del anticlericalismo de la “edad de oro” se orienta al análisis de los discursos, vamos a encontrarnos con registros muy parecidos en todas partes. Lo que es necesario comparar es su desarrollo en relación con los procesos políticos, económicos, culturales y, más específicamente, religiosos de cada país. Por tomar un ejemplo: la similitud –y el parentesco– de los discursos laicistas que cobraron forma en una y otra orilla del Plata contrasta clamorosamente con las muy diferentes laicidades que cristalizaron en la Argentina y en el Uruguay a comienzos del siglo XX.

Con sus alcances y sus límites, con sus defectos y sus virtudes, *Ovejas negras* ha querido hablar de la experiencia de hombres y mujeres –principalmente hombres, porque el anticlericalismo es un fenómeno mayoritariamente masculino, no exento de ribetes misóginos– tal vez muy diferentes entre sí por lo que hace a sus ideas, valores y motivaciones, pero unidos por una cierta comunidad de sentimientos y de ideas en el plano religioso. Algún día alguien escribirá otra historia de la Iglesia a partir de todo lo que se ha investigado desde 2000, y corregirá algunos de los errores que cometimos con Zanatta. Espero que con *Ovejas negras* ocurra lo mismo. □